

Duelo en los vínculos afectivos: El clavo es la autonomía¹

“(…) Lo que deseo es sentarme frente a vos
y quitarme por un rato
mis tres máscaras
y ver cómo de a poco
se van cayendo tus armas.

Entender que la complicidad
no requiere nunca de un aplauso
y que tu beso no es el que me das
sino
el que yo guardo” (…).

Esto no es un manifiesto²
Nana Guerrero

El amor, más que un sentimiento es un concepto. Y el duelo, más que un camino recto es una espiral. Sabemos que existen diferentes tipos de amor que podemos nombrar, pero nunca lograremos categorizar u homogeneizar por completo, porque se trata de un concepto que no solo es subjetivo sino que tiene muchísimas cargas, variables, contextos, historias que lo complejizan enormemente.

Por su parte el duelo es constante y a pesar de ser nuestra relación más directa con la muerte existe una negación a pensarlo como una constante tanto en la vida como en su relación con el amor, donde siempre, aun cuando no necesariamente existe separación, existen cierres, duelos y finales.

Vivimos muchas veces la pérdida del otro, no solo materialmente sino también vincularmente, cuando una relación termina o muta a algo distinto, pero las herramientas que tenemos para afrontar las transformaciones y los finales en los vínculos son aún muy pocas. Son pocas porque el centro del amor está en los inicios, en la bomba de dopamina que implica el enamoramiento, que, aclaro desde ahora, no por ser bio-químico es menos real. Pero sucede que, como pasa con las drogas, cada vez es más difícil lograr el efecto que tuvo la primera vez que se usaron.

A pesar de toda esa diversidad amorosa, como sucede con todo concepto en sociedades desiguales, existen ideas del amor que son más poderosas, que se mercantilizan y se venden.

¹ El presente artículo se desprende del eje de investigación del proyecto “Sanando el amor romántico”, realizado por la Asociación Voces Violeta (Costa Rica) de la que la autora forma parte. El proyecto ha realizado una serie de talleres cuyo objetivo es emplear metodologías participativas y vivenciales desde lo personal como algo político para cuestionar al amor romántico y construir formas de vincularnos más éticas. El primer artículo de esta serie dedicada al tema de los afectos se encuentra en la revista Surcos y puede ser consultado en el siguiente link: <https://surcosdigital.com/manifiesto-etico-afectivo-de-los-vinculos-cuidadosos/>

² Este es un extracto del poema “Esto no es un manifiesto”, que fue escrito y presentado en escenario (fue recitado a modo de Spoken Word) a partir de una vivencia de duelo por el final físico de un vínculo afectivo. El poema completo se encuentra disponible en la página de instagram de la autora: Nana.guerrera

Hay un tipo de amor que es producto empaquetado, que es propiedad y nos hace ver al otro también como pertenencia. Regalamos flores o regalamos nuestro tiempo y en el fondo quien los recibe firma un pacto: pasamos a ser parte del otro y el otro parte nuestra.

En cada vínculo donde ponemos tiempo y expectativas (que llamamos “sueños”) ponemos al futuro en razón de ese otro. No es necesario decirlo, *el amor es una apuesta*. Aun cuando creemos que se trata de una apuesta racional donde decidimos abrirnos al otro, se juega mucho más que la razón, ponemos también en juego nuestro cuerpo. Apostamos al caballo que ni siquiera corre, apostamos todo o nada a un algo que nunca satisface por completo nuestro deseo. Nosotrxs corremos detrás del caballo a toda velocidad. Quien corre entonces no es el caballo, somos nosotrxs. El amor es una apuesta de sí.

La idea de amor romántico es exitosa porque nos convence de que es posible llenarnos. Podemos hacer copy paste y resulta que todo sucede con las misma receta en el capitalismo. Parece que podemos llenarnos y justo cuando creemos ser felices, queremos algo más. Si no existe la felicidad, queremos al menos fingirla. ¡Claro que esa felicidad de vernos sumergidos en el otro no existe! Lo que existe y sentimos corporalmente es el deseo incandescente de ser la excepción a la regla. Queremos ser únicxs, como lxs niños que levantan la mano cuando la maestra dice ¿quién quiere leer el párrafo siguiente?

¿Cuál es el lugar del duelo en todo esto? Pues sucede que duramos gran parte de la vida intentando superar al amor anterior. Quisiéramos además no tener que transitar por el dolor que implican los finales, es más, el amor se sostiene en el deseo de eternidad.

Pero lo que se desea no es estar eternamente con alguien, *es volver a sentir lo que se sintió al inicio*, con un ser que ha cambiado y cuando nosotrxs mismos también lo hemos hecho. Es imposible lograr los mismos efectos del inicio con personas diferentes. Es como si quisiéramos mantener intacto un recuerdo que se repite una y otra vez, lo asimos con la memoria, parecemos tomarlo con los dedos y de pronto ¡pum! se desvanece y se muestra como el imposible que realmente es. Parece un proceso cruel, y efectivamente lo es.

Pero, lo que sostengo en este texto es que esa terrible caída del vínculo y el final, parece insoportable, pero podría no serlo. Los finales son una tortura porque nos han hecho creer que son *evitables* y depende de nosotrxs *salvar* el vínculo. Hay una fantasía de control sobre la temporalidad y los ciclos que tienen los vínculos. Tratamos de aplicar soluciones paliativas cuando hay un cartel con luces rojas destellantes que nos invita a soltar.

No es cierto que somos una sociedad demasiado desapegada, que suelta demasiado, todo lo contrario, tenemos un apego a ideas que sólo cambian de nombre o de vínculo, pero siguen siendo las mismas desde hace décadas. Decimos que las personas son desapegadas cuando en realidad lo que tienen son actitudes de irresponsabilidad afectiva y esto realmente no las hace más independientes o autónomas, las hace más egoístas. Siguen siendo personas apegadas al propio yo, a la necesidad insaciable de llenar con los otros la imagen que tienen de sí mismxs y que lxs otrxs se conviertan en extensiones de su ego. No es desapego, es *apego a llenarse* y usar al otro como espejo narcisista, un simple reflejo de sí.

Hablemos un poco de dónde viene la aversión a los finales en los vínculos y el mito de eternidad en el amor.

El mercado de los finales y la autonomía oculta

Todas las personas que hemos visto películas de Disney tenemos tatuada en el cuerpo, en la memoria y en la vida la frase "fueron felices por siempre". Estas palabras, por más incrédulos, por más agnósticos que seamos al credo del amor, nos mueven y a veces, hasta nos hacen llorar. No es Disney quien nos colocó el deseo de eternidad, ellos lucran con un deseo que ya existía desde antes.

Cuando somos niños, no existe consciencia de que nuestra madre y nosotros somos seres distintos. Nacemos creyendo que somos uno sólo con su cuerpo, que recibimos alimento, calor, siempre que lo necesitamos. Poco a poco esta idea de fusión se va desmintiendo a través de un acto que parece sencillo pero es trascendental: *la ausencia* de la madre por períodos cada vez más extendidos.

Es entonces cuando aprendemos a comunicarnos para pedir lo que necesitamos, porque si no existiera el llanto, el grito y posteriormente la palabra el otro no podría saber lo que requerimos. Y allí está la clave, donde se hace necesario comunicar es donde se empieza a crear la consciencia de que hay un mundo exterior, que la madre y el infante son seres distintos. Es ese el primer trauma necesario, la primera separación.

El duelo, el dolor por la separación, posibilita la construcción de la propia autonomía. Necesitamos entonces hablar para comunicar y para llenar nuestras necesidades básicas. Luego vamos añadiendo a esas necesidades deseos que van más allá de lo básico y complejizamos nuestra comunicación. Aprendemos de manipulación para conseguir esos deseos y nos damos cuenta de que la verdad no siempre es una buena estrategia para lograrlo.

Es el duelo lo que nos permite convertirnos en sujetos autónomos. Si no hubiéramos sufrido esa primera separación seguiríamos conectados con nuestra madre y no habría siquiera palabra o consciencia de sí.

Cuando estamos en un vínculo que se va acercando a su fin, nos damos cuenta de que cada vez hay más lejanía, que ya no hay tanta comprensión de lo que el otro siente, que ese otro se hace cada vez más distinto a nosotros e incluso que se acerca peligrosamente a colocarse como un desconocido, alguien radicalmente distinto a aquel que creíamos conocer.

Entonces, ante el peligro inminente de un otro amenazante, se mueven en nosotros sentimientos muy arcaicos, muy viejos, que no sabemos ubicar pero sabemos que son dolorosos, sentimos una desesperación que inicialmente es leve, pero va aumentando. La imagen de la persona amada se nos desvanece entre los dedos y un día se esclarece ante nosotros la pregunta ¿Quién es esta persona?

Esa pregunta convierte al otro, con quien hemos compartido tiempo, emociones, vivencias, en un ser desconocido, pues parece alguien externo que amenaza el vínculo. Se convierte de a poco en un tercero, no es aquel que conocimos, no calza con la imagen que teníamos, es como si se tratase de un impostor y nosotros nos esforzamos en desenmascararlo, con el único objetivo de volver al tiempo pasado.

En los vínculos no sólo se ponen en juego emociones sino que nos ponemos en juego nosotros mismos, nos abrimos, nos vulnerabilizamos, actuamos algo de nuestra identidad que sólo existe en ese vínculo en particular y el otro hace lo mismo, actúa algo de sí que sólo existe en ese vínculo en particular.

Es allí donde se deposita en una relación algo que, si esta se acaba, también se muere esa parte de ambos. Tal como lo planteaba Allouch, no se muere sólo algo mío o algo del otro por aparte, sino que muere una cosa innombrable que le compete a los dos sujetos, algo que sólo existe en la *escena compartida*.

Con esa caída de la cosa compartida, donde este ser amado se convierte en alguien desconocido y amenazante a la propia identidad, viene una parte del vínculo que las personas intentan evitar a más no poder, el final.

El fin de un vínculo es algo sumamente complejo que no intentaré sistematizar en este texto en particular, pero lo que sí haré será abrir preguntas e iniciar un diálogo a partir de algunos apuntes que creo importante mencionar.

Este es un tema que ha sido monopolizado por al menos dos discursos: el del amor romántico que niega la existencia de los finales infelices, del que Disney ha sacado mucha ganancia, y el discurso médico que coloca al duelo en el amor como una línea en la que hay etapas, un tiempo definido y además en la que existe una diferencia clara entre el duelo saludable y el duelo enfermizo.

Incluso en medio de estos extremos: la negación del duelo y la medicalización del duelo existen matices que toman un poco de uno y el otro lugar, por ejemplo la perspectiva freudiana del duelo como un trabajo no tramitado o que se tramita en terapia y además termina cuando se sustituye un objeto de deseo con otro, algo así como *“un clavo saca otro clavo”*.

Lo planteado por Freud en *Duelo y Melancolía* ha sido abordado por Allouch (2006) a fondo, acá lo que deseo plantear es que esa idea del duelo como un trabajo ha sido tergiversada y mercantilizada a veces, incluso, por personas con buenas intenciones.

El duelo en las relaciones afectivas no es lineal, es sumamente complejo por varias razones que ya han sido introducidas en este texto, una de ellas es su relación directa con la muerte. Y no se trata una muerte cualquiera, es la muerte vivida desde la mirada de quien sobrevive, de aquel que debe seguir con su vida ahora a sabiendas de que existen los finales definitivos y que tal vez no exista el *“fueron felices por siempre”*.

Estos duelos afectivos también son complejos porque prevalece la idea de que controlamos la temporalidad de los vínculos, cuando en realidad lo único que es posible, más que controlar los cambios en los vínculos es cambiar nosotros mismos, no para *“salvar”* el vínculo sino para crecer con él o incluso, a pesar de él (como veremos con la mención en este texto a Yvonne Clays). Aunque parezca paradójico, la única manera de sobrellevar los duelos es asumirlos como una constante en las relaciones.

Un vínculo no se acaba de un día para otro, van muriendo dinámicas y se van construyendo otras. Lo único eterno es el cambio. Y aun cuando una relación termine en el plano físico, aún cuando ya el otro no esté presente corporalmente, seguimos modificando el vínculo que tenemos con su recuerdo.

Es por ello que el duelo, más que lineal es en espiral y *el centro de esa espiral es nuestra autonomía*. Una autonomía que sólo es posible asumiendo la muerte como algo presente no sólo al final físico de un vínculo, sino en todo momento. Si actuamos como si fuera eterno e inmodificable, con la idea de que el amor *“de verdad”* permanece intacto a pesar del tiempo

o incluso, en el otro extremo, si asumimos la muerte de los afectos y seguimos conviviendo con personas por las que ya no sentimos más que costumbre o dependencia no lograremos resignificar los finales y vivirlos desde un lugar que no sea el trágico.

El duelo no es un trabajo, es una pérdida en espiral que nos lleva hacia el reconocimiento de nuestra autonomía. El dolor que causa toca fibras que se remontan a nuestra niñez (por eso el duelo es una espiral), cada vez que un afecto cambia, que ya no estamos físicamente con alguien, cada vez que sentimos que nuestras emociones por ese otro se van transformando, algo en las fibras de nuestro inconsciente se trastoca, algo que deseamos evitar volver a sentir.

Con el temor a la separación lucra el mercado de los finales felices, y nos da como receta un tiempo para terminar, nos ofrece diferentes clavos para sacar el anterior, bajo la promesa de que seremos algún día la excepción a la regla, que volveremos a sentir la bomba de dopamina que sentimos aquella vez y que algún día ese momento inicial en los vínculos será eterno.

Asumir el duelo y la muerte como parte de la existencia vincular, consigo mismo y con los otros es definitivamente subversivo, en el tanto rompe con el eterno ideal del amor romántico y nos coloca frente a nuestra verdadera capacidad de agenciamiento, pues asumimos la temporalidad real de los vínculos, sus sube y baja y por supuesto, sus ciclos, sus cierres y sus finales.

De alguna manera somos, desde una perspectiva existencialista, lo que hacemos con nuestros duelos.

El duelo como potenciador de la autonomía, de la colectividad y de la vida

El documental “¡Sí estuvimos! mujeres en la historia”³ en el que participé realizando la investigación, aborda la vida de mujeres fundamentales en la historia de Costa Rica, pero hoy, al respecto de este texto, quisiera retomar el relato acerca de Yvonne Clays, quien fue primera dama durante el gobierno Calderón Guardia.

A pesar del papel preponderante que tuvo Yvonne en la política exterior del país, al separarse de su esposo fue invisibilizada y borrada de la historia. Posterior a su muerte, su ex-esposo intentó borrar todo rastro de ella quemando los documentos y fotografías que hacían referencia o retrataban a Yvonne.

Al momento de morir se la escuchó decir la frase “*hice todo lo que pude*”. Una frase sumamente potente y conmovedora que quisiera retomar para hablar del acto de lanzarse a la muerte como un habitar el vacío y la falta de reconocimiento del otro como una posibilidad de vida desde el margen.

Hacer todo lo posible no incluye la mirada del otro que juzga, en este caso, no incluye el reconocimiento de un ex-esposo que la quiere no sólo muerta sino borrada. Hacer todo lo *posible*, no es lo mismo que hacerlo Todo, a secas. Lo posible es lo que estuvo en sus manos, las manos de una mujer extranjera que, si bien tenía algunos privilegios de clase, tenía nulos privilegios de género. Lo que hizo Yvonne fue crear escenarios antes impensables para una mujer, en un momento en que su matrimonio estaba en la cuerda floja y aun cuando este ya

³ El documental completo puede verse a través del siguiente enlace:
<https://www.youtube.com/watch?v=tKjT4MsByiM>

había acabado ella siguió aportando a la colectividad de una forma literalmente incuantificable.

Lo que le permitió a Yvonne dejarse caer, a pesar de la soledad y la falta de reconocimiento de sus acciones, con completa tranquilidad, fue haber hecho todo lo posible, no para el reconocimiento del otro, sino para sí, para la construcción de su identidad, pues ella hizo lo posible con las herramientas que tenía, allí está su propia satisfacción. Y así, se lanzó al vacío de la muerte, que implica dejar caer el lugar del otro en su vida y no depender del aplauso para existir o para morir.

Con esa frase tan estremecedora, dicha en un contexto patriarcal que excluye las acciones de ciertos cuerpos, invisibilizando su huella en el mundo, Yvonne llama la atención sobre una fuerte realidad que quisiera traer a este texto donde, si bien no hablamos específicamente del lugar de las mujeres en la historia, sí es importante apuntar que no todo duelo es igual.

La muerte y los finales en los vínculos con en las personas subalternas, las mujeres, las personas migrantes, las personas LGBTI, lxs cuerpoxs racializados, las personas indígenas, las personas con discapacidad, tienen particularidades que complejizan las rupturas.

Los vínculos nunca son por completo equitativos, justamente porque existen características que hacen que se ubique socialmente a ciertos sujetos por encima de otros. De ese modo, en un matrimonio entre un hombre y una mujer, con los mandatos de género que se espera de cada uno, si se da una separación, no es lo mismo el duelo que vive él al que vive ella, no sólo porque se trata de dos personas diferentes, sino porque la sociedad también define cómo debe ser el duelo para un hombre y para una mujer. Por ejemplo, se espera que un hombre sustituya a la persona por otra de forma inmediata y que una mujer, por su parte, tenga un luto eterno.

Yvonne fue invisibilizada y ella asumió esa invisibilidad, que por más que quisieran, nunca logró arrebatarle la certeza de haber hecho todo lo posible. Sucede que esta es una historia que se repite una y otra vez en las sujetas subalternas, en las mujeres que al terminar un vínculo pierden el reconocimiento social, se las desconoce como personas, pues su aporte solo existe a través de la relación de pareja con un cuerpo masculinizado.

Sucede entonces que unos duelos importan más que otros, tal como plantea Butler en el libro *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Unas muertes pesan más que otras y unos cuerpos son llorados mientras otros no.

Aunque Butler (2004) hace una denuncia a propósito del uso sociopolítico que se hace de la muerte física de ciertos cuerpos, por ejemplo, en contextos de guerra o de crisis, donde se hacen ritos para honrar a los “caídos” legítimos, mientras se invisibiliza a los que no, su texto fue esclarecedor para el tema que me convoca a escribir el presente texto porque habla de la colectividad que se construye a partir de la pérdida. Existe un nosotros en el duelo, no porque hayamos perdido lo mismo sino porque todas las personas hemos perdido algo.

Paso a hablar un poco de mi vivencia, en primera persona para romper de a poco con los cánones del saber-poder y para colocar la experiencia subjetiva como fuente de conocimiento colectivo y horizontal.

Hace algún tiempo terminé un vínculo con una persona que fue especialmente importante en mi vida. A partir de la caída de lo que esa persona representaba y de la caída de mi lugar en ese vínculo, pude resurgir de las cenizas a través de dos actividades que fueron para mí la posibilidad de vida: la escritura sobre y más allá del vínculo y la conexión con una amiga que estaba pasando también por un duelo de pareja. Quiero empezar por hablar un poco de esa red de apoyo sostenida en largas llamadas, ante la distancia física que nos impedía vernos y tomar vino juntas.

Nuestros duelos eran inmensamente distintos, pero había cables que de pronto se cruzaban y parecía que habíamos terminado con la misma persona o que estábamos hablando de experiencias iguales. Había cuestiones en común contenidas no sólo en el contexto que rodeaba nuestros duelos, así como las interseccionalidades que nos cruzan a ambas, sino también por detalles muy específicos que nos causaban una risa estridente a ambas porque nos topábamos con que habíamos caído en el ridículo performance del amor romántico.

Tiene tanta razón Allouch cuando dice que el duelo es cómico. Nos reíamos a cántaros hablando de vivencias que fueron dolorosas casi hasta niveles insoportables. Dábamos vuelta a las mismas vivencias una y otra vez, hasta encontrarle el chiste, porque sabíamos que aquello que habíamos construido y por lo que nos encontrábamos tan dolientes era una novela de televisa.

No es que aquel dolor que sentíamos no fuera real, es que lo más real de lo real, también podía ser ridículo y la risa le quita al monstruo su poder de ataque. La colectividad en el duelo nos salvó a ambas. No vivimos lo mismo, pero ambas nos habíamos perdido en un duelo que parecía interminable.

La escritura, por su parte y específicamente el Spoken Word, me dio la posibilidad de poner en escenario, donde era visible a lxs otrxs, palabras que eran escuchadas. Mi llanto tomó el registro del arte y se hizo así susceptible de comunicar. Sucedió que el dolor me movía a escribir y la rabia me movía a presentarme en escena. Luego sólo sentía un torbellino de emociones y poco a poco una gran tranquilidad. La escritura sin duda me salvó, no sólo porque me ayudó a permanecer con vida sino porque me ayudó a reconstruir los pedazos de mí que se habían quebrado y a politizar mi vivencia. A continuación un extracto de un texto que escribí poco tiempo después de la pérdida, llamado *Afecto*.

(...) En el fondo nadie sabe lo que está haciendo
y es mejor no fingir que sabemos.
Eso que llamamos amor
yo prefiero llamarle *afecto*

El amor
es una palabra que busca cerrar las dudas
hacernos sentir seguras,
ayudarnos a olvidar
nuestros dolores de cabeza.
Nuestros dolores
de la vida.

Y el afecto es eso,
saber que cada vez
que nos vinculamos

nos afectamos,
nos torcemos,
nos cuestionamos,
nos dolemos
y sin embargo
seguimos...
(...)

¿Decir Te Amo?
No.
Yo a vos no te amo.
Yo a vos
Te afecto”

Vincularse y amarse es afectarse y no hay modo en que pueda ser distinto.

Rocío Murillo (2010), plantea, al respecto al amor de transferencia y contratransferencia presente en el análisis (es decir en el espacio terapéutico psicoanalítico), que meterse a la chimenea implica, evidentemente, salir tiznado. Aunque su referencia no aplica directamente a este texto, donde se abordan fundamentalmente otros vínculos, particularmente el que se da entre el analizante y el analista, allí, en ese espacio también se juega algo de sí, no sólo de quien hace una apuesta por analizarse, sino también del terapeuta que, aun cuando pareciera permanecer intacto, también es transformado por esa persona que se presta a escuchar y que al finalizar la terapia, también se lleva una pequeña parte de sí, como plantea Allouch.

En el amor, el afecto, los vínculos y todos los contenidos que se introduzcan en ese significativo, las rupturas son dolorosas y es necesario transitar por el dolor, aunque el mercado de los finales felices nos diga que es posible evitar el duelo. Si bien es necesario darle espacio a ese dolor, este puede ser vivido como parte de la vida, de la existencia y la construcción de sí.

“Elaborar el duelo y transformar el dolor en un recurso político no significa resignarse a la inacción; más bien debe entenderse como un lento proceso a lo largo del cual desarrollamos una identificación con el sufrimiento mismo. La desorientación del duelo -"¿En qué me he convertido?" o, incluso, "¿Qué es lo que me queda?", "¿Qué había en el Otro que he perdido?"- deja al "yo" en posición de desconocimiento” (Butler, 2004, p. 57).

Abrirse a que los vínculos siempre contienen cierres, finales, es entender que somos vulnerables a la pérdida, que estamos en constante caída y que la muerte es, en definitiva parte de la vida. Por su parte, el acto de soltar no suele ser consciente, es más bien algo que opera metafóricamente, en mi caso solté la seriedad y me presté a la risa, quitándole a la monstruosidad su poder de dañarme, necesité mucha risa para poder sanar.

Luego, poco a poco me di cuenta que la sanación no era al respecto del vínculo en sí, sino que se trataba de volver a la raíz que inicialmente me había lanzado hacia un amor fantasía que me empeñaba en recrear. El clavo no es un otro que nos saca del dolor, el clavo es la autonomía. Una autonomía que sólo es posible cuando el otro no es extensión del propio cuerpo, sino un acompañante temporal, cíclico, no eterno o idealizado. Un acompañante en los caminos que recorreremos a lo largo de la vida y las muertes que también nos constituyen.

Mariana Alpízar Guerrero
marianaalpizarguerrero@gmail.com
Psicóloga e investigadora feminista
Escritora y artista de Spoken Word

Referencias

Alpízar, M. (2019) *Afecto*. *Revista La Rebelde*, 3, 1-23. Recuperado de <https://madmagz.com/magazine/1612787#/page/3>

Alpízar, M. (2020). Manifiesto ético-afectivo de los vínculos cuidadosos. *Revista Surcos*. Recuperado de <https://surcosdigital.com/manifiesto-etico-afectivo-de-los-vinculos-cuidadosos/>

Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires, Ediciones Literales.

Butler, J. (2004). *Vida precaria. El Poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires, Paidós.

Murillo, R. (2010). Con tizne de mujer. Comentario al libro de Gloria Leff *Juntos en la chimenea*. *Cuaderno Claroscuro*. (1), San José, Costa Rica.